

Sus Eminencias, el Cardenal de París y el Arzobispo de Westminster con nuestra España

Dos hermosísimas cartas dirigidas a su Eminencia el Cardenal Gomá

S. Emma, el Cardenal Gomá, Arzobispo de Toledo y Prímado de las Españas, ha recibido en Pamplona las dos conmovedoras cartas siguientes:

Carta del Cardenal Verdier Arzobispo de París

París, 7 Septiembre de 1937.

32, rue Barbet de Jouy (7.º)

Eminencia:

Permitame exprese a Vuestra Eminencia y a sus venerados Hermanos en el Episcopado nuestra gratitud y nuestra admiración, y ruego a V. E. R. perdone el retraso que ha sido motivado por una prolongada ausencia mía de París.

La carta tan conmovedora que nos han dirigido es verdaderamente luminosa.

Con qué claridad analiza las causas que han acarreado, en vuestra nación, la horrible guerra que aún continúa!

Qué servicio prestan ustedes a todas las naciones del mundo, mostrándolas, con la luz de los hechos, a donde conducen el ateísmo práctico, la relajación de costumbres, el desprestigio de la Autoridad y la convivencia de los gobiernos con todas estas Doctrinas de destrucción y de Muerte!

Es una lección extraordinariamente oportuna a la que ustedes nos dan, Eminencia!

Bajo esta sangrienta luz nosotros apreciamos mejor los peligros que nos amenazan, y vemos con más claridad cuáles han de ser nuestra vigilancia y nuestra acción.

¿No es de toda evidencia que la lucha titánica que ensangrienta hoy el suelo de la católica España es en realidad la lucha entre la civilización cristiana y la pretendida civilización del ateísmo

soviético?

Y esto es lo que da a esta guerra una grandeza incomparable y a la actitud de ustedes un carácter emocionante.

Si, lo que está en juego en estas luchas es el porvenir de la Iglesia católica y de la civilización que ella fundó, porque no es solamente en favor de la España católica y tradicional por lo que han caído vuestros héroes! Si vuestros Obispos, vuestros sacerdotes, vuestros religiosos, vuestras religiosas, vuestros fieles han muerto a millares, si vuestra patria, tan bella en otros tiempos, vé hoy tantas iglesias incendiadas y destruidas, tantos tesoros artísticos destrozados y dispersos, tantos recuerdos incomparables desaparecidos; si, en una palabra, España ofrece, en esta hora, un sacrificio único en la Historia, es que los enemigos de Dios la habían escogido para que fuese la primera etapa en su obra de destrucción.

Este pensamiento nos conmueve profundamente y suscita en nuestras almas una simpatía y una gratitud que nos es sumamente difícil expresar.

Pero, Eminencia, a pesar de tantos dolores y tantas ruinas una gran esperanza alborea ya para vuestra Patria!

Y ante todo, el heroísmo tan cristiano de vuestros hijos causa la admiración del mundo entero y añade un nuevo esplendor a la gloria de la caballeresca España. Más aún, la gran familia católica recordará a través de los siglos los sacrificios que los hijos de la noble España han debido hacer para salvar su Fe, y ella bendecirá por siempre su memoria.

En fin, la voz de vuestros millares de mártires, que es oída constantemente por Dios no atraerá sobre el país donde ellos tanto han sufrido todas las bendiciones del Cielo?

Sí, Eminencia, la España del porvenir, siempre «muy cristiana», siempre fiel, con la aureola de sus mártires, con el perdón generosamente otorgado a sus verdugos,

con la unión de todos sus hijos en la obediencia y en la caridad, con un nuevo orden social establecido a la luz de las Encíclicas pontificias, con la gloria «immarcesible», en fin que le ha merecido tanto heroísmo, emprenderá de nuevo, más bella y más confiada que nunca, el camino de sus gloriosos destinos.

Estos son, Eminencia, los votos y las ardientes oraciones de todos los católicos de Francia.

Besando su sagrada Púrpura, me repito de Vuestra Eminencia el más humilde servidor en Nuestro Señor.

Firmado:

† JUAN, Cardenal Verdier
Arzobispo de París.

Carta del Excmo. Sr. Arzobispo de Westminster

NOTA: Esta carta se ha recibido escrita en castellano.

ARCHBISHOP'S HUOSE,
WESTMINSTER, London, S. W. I.

Setiembre de 1937.

A Su Eminencia Revma.
Isidro Gomá y Tomás,
Arzobispo de Toledo.

Eminencia:

La Jerarquía de Inglaterra y de Gales se une a mí para dar acogida a la Carta de Su Eminencia y de los Arzobispos y Obispos de España a los Obispos de todo el mundo con motivo de la guerra en España.

Agradecemos este noble documento, que expone clara e imparcial-

mente el origen histórico y las causas del conflicto que ya durante más de un año ha devastado vuestra hermosa y amada Patria.

Nosotros los Arzobispos y Obispos de Inglaterra y de Gales, con nuestro clero y nuestro pueblo, hemos oído con profundísimo dolor cuán horriblemente ha sufrido el episcopado español en sus miembros, en su clero y en sus fieles seglares. Os hemos «abierto nuestros corazones» y en nuestras oraciones hemos rogado por vosotros y por vuestras greyes que Dios extendiese la fuerza de su Diestra misericordiosa y devolviese la paz a la Iglesia perseguida en España. Pronto nos dimos cuenta de que esta no es una guerra civil cualquiera a favor de alguna dinastía o de algún régimen especial, ni tampoco, como falsamente se ha dicho, a favor de la democracia del pueblo español. Vimos en esta deplorable lucha fratricida «una conmoción tremenda que sacude los mismos cimientos de la vida social», como tan bien explicáis, «y que ha puesto en peligro hasta vuestra existencia como nación». Sí, reconocemos que la conflagración en la península española estaba destinada por los que la empezaron a convertirse en un incendio universal en el cual la civilización cristiana estaba condenada a consumirse. No hemos titubeado en advertir a nuestros compatriotas que la paz social y las instituciones cívicas de nuestra propia patria estaban en peligro de los fuegos alumbrados en España, pues dice el refrán «cuando la pared medianera del vecino arde, nuestra propia casa puede pronto incendiarse». Rehusamos ser partidarios políticos, pero vemos y hemos visto desde el principio que no solo el catolicismo, sino la religión en cualquier forma ha sido el blanco principal para el ataque de las fuerzas anti-Dios, que están resueltas a hacer de España el centro estratégico de una revolución mundial contra la misma base de la sociedad civilizada en Europa. La caridad o el amor fraternal nos hace volvernos hacia aquella sección del pueblo español que, en una tierra de profundas tradiciones católicas, se ha dejado engañar por las doctrinas «importadas por orientales de espíritu perverso», o ha sido subyuga-

da por los odios salvajes que forman el corazón de aquel sistema exótico de comunismo ateo. Que la gracia de Dios sea dada a estos hijos descarriados, para que vuelvan a ver la luz de Su verdad y para que tengan la fuerza para volver a los brazos de Su amor. Seguramente los excesos de la revolución comunista española, «su salvajismo colectivo», como bien lo llamais, «contra los derechos fundamentales de Dios, de la sociedad y de la persona», acabarán por devolver las inteligencias y los corazones sinceros a los deberes sagrados de la religión y del patriotismo.

La mayor parte de aquellos que han cometido excesos y han sido sentenciados se han arrepentido, nos lo asegurais, en sus últimas horas y se han reconciliado con el Dios de sus antepasados. De esta manera ellos mismos han dado f6 del engaño y de la ilusión sufrido por ellos y sus compatriotas. A la vez que no podemos menos de horrorizarnos de los asesinatos y de los cruels tormentos y ultrajes sacrilegos que han cometido los perseguidores, nos orgullecemos también de la constancia victoriosa de aquellos miles de españoles, clérigos, religiosos y seglares, que derramaron su sangre por Cristo Rey y por España.

Bien sabemos cuál ha sido la actitud de la Jerarquía española y su desprendimiento de las consideraciones mundanas de riqueza y de poder político. A pesar de las confiscaciones de sus bienes, a pesar de vejaciones y de medidas injustas, la Iglesia de España ha luchado, aunque con medios inadecuados y con poca y aun ninguna asistencia del poder público civil, para educar a sus hijos y para cuidar de los pobres y de los enfermos; también ha dado un ejemplo de sumisión a las autoridades constituidas, trabajando siempre por la paz y la armonía a favor del bien común. Ninguna sombra de rebeldía o de agresión o de culpa de guerra ensombrece las almas de sus legítimos ministros. De esto no nos cabe duda ninguna. La Iglesia no está entregada a la orientación política de este o de aquél poder seglar; no está avasallada a ninguna forma de gobierno. Pero habiendo sido amenazada por el peligro de perecer

totalmente a manos de los comunistas, como ha sucedido en las regiones donde éstos imperan, la Iglesia se acoge a la protección de un poder que hasta ahora ha garantizado la libertad y los principios fundamentales de la sociedad ordenada.

Damos oída a vuestro llamamiento, más particularmente en cuanto nos viene de nuestros Hermanos y colaboradores en la viña de Cristo.

Tenéis nuestra compasión. Nunca podemos olvidar la compasión práctica del pueblo español cuando la Iglesia de este país sufría bajo el fuego de la persecución. Tenéis nuestras oraciones y las de nuestro pueblo, desde el principio de vuestras tribulaciones, hasta ahora y hasta el final. Todo esfuerzo se usará para dar a conocer la verdad sobre las cosas de España.

Con un dolor solo superado por el vuestro hemos notado las tergiversaciones, las mentiras, los subterfugios y las interpretaciones torcidas de los hechos. Hace tiempo que nos hemos dado cuenta de que la violencia y la mendacidad eran el brazo derecho e izquierdo del comunista militante anti-Dios; aprendimos esto del programa de uno de sus corifeos. Desgraciadamente nuestra Prensa ha aceptado con demasiada afán la propaganda bien pagada de los Rojos.

Con profunda emoción hemos leído vuestra declaración última. Nos asociamos fervorosamente a ella. Proclamais el amor, el perdón, la paz para todos aquellos quienes, sin saber lo que hacían, han inferido daño gravísimo a la

Iglesia y a su patria. Suplicais al Todopoderoso que dé fecundidad a la sangre de vuestros Obispos asesinados y de los miles de vuestros sacerdotes y religiosos martirizados, y de las decenas de miles de vuestros seglares martirizados, para que aproveche igualmente a sus amigos y a sus enemigos inconscientes. Que aquella marea preciosa de sacrificio generoso apague los odios desencadenados por agentes diabólicos. Que vuelvan las almas a acercarse y que sean unidas en el vínculo de la caridad.

Eminencia, otra vez le aseguramos que el noble documento que

habeis dirigido a los Obispos del mundo nos es gratisimo porque nos llega con vuestra autoridad y porque es una defensa convincente de la Iglesia católica y de la España católica. Nos proponemos darle a conocer a nuestro pueblo y a todos los que quieran escuchar una exposición imparcial de hechos verídicos y de principios morales dignos de confianza.

Vuestras palabras iluminarán la ignorancia que obscurece lo que está pasando en España. Demostrarán que el espíritu anti-cristiano está empeñando un conflicto de vida y muerte contra la religión de Cristo y la civilización cristiana. Pondrán de relieve la obra tendenciosa de poderes internacionales ocultos. Esperamos que esta Carta Colectiva de Su Eminencia y de los demás Arzobispos y Obispos de España hará caer las vendas de los ojos de algunos escritores quienes en ciertas publicaciones católicas se han demostrado ciegos hacia los sagrados intereses que se ventilan en el triste conflicto que está dividiendo a vuestra patria.

Con profundo respeto para su Augusta Persona y reverencia para la Púrpura que reviste como prenda de su espíritu de mártir, Soy de Su Eminencia devotísimo y obedientísimo siervo en Cristo

Firmado:

† ARTHUR,

Arzobispo de Westminster.